

—Dicen que un tipo estuvo dormido durante once años y luego se despertó y ni siquiera se asombró de que la gente estuviese tan vieja.

—Es muy temprano para escuchar a embusteros —dijo Marcelo sin mirar al otro—.

—No es mentira. Se lo oí decir a un sacristán.

—Es peor que eso, entonces —dijo Marcelo— Vámonos, de no, perderemos otro día. Y éste ha de ser.

—¿Lo estás creyendo, Marcelo? ¿Crees que ha de ser? ¿Lo estás oliendo? Yo tengo arruinado el olfato por estos cigarros de mierda.

—Vámonos ya —dijo el entenado.

Es posible que hubieran recorrido no menos de veinte kilómetros cuando, a la distancia, avistaron a la tropa. No eran menos de cinco. Y echaron pie a tierra.

Desde aquel momento, marchando agazapados, cautelosamente, ya no hablaron; él y el entenado con la carabina en los brazos y el hombre enjuto a varios pasos por detrás.

—No hay que apresurarse —dijo Marcelo con voz contenida— Él lo sabe y vendrá.

Ambos estaban en cuclillas al borde de un peñasco, cuando, a un tiro de piedra, separándose del resto, avanzando con cautela apareció el guanaco; de pronto parecía pequeño y de pronto a sus ojos se agrandaba; era un poco más oscuro que el color de su camisa. Él, el niño, sentía que sus venas palpitaban, las venas de los dos, que sus manos estaban mojadas y su boca seca, cuando el padrino Marcelo le tocó el hombro con su mano dura y perentoria. El sentía dolorosamente sobre su clavícula la culata del fusil contundente y pesada, la lengua seca y torpe y ajena en su boca y sentía que no era él mismo y que el fusil no era él mismo, que era ajeno y más fuerte que él mismo y no era la proyección de su cuerpo ni de su ojo, ni de sus ganas; alcanzó a ver por un segundo, o menos, que el guanaco lo miraba y que el guanaco tenía los ojos rojos y él quiso mirarlo con odio, quiso mirarlo como una impedimenta a su propia vida, o como un obstáculo para crecer, para transformarse en el que debía ser o para ser otro y de pronto en ese instante lo vio enorme y fuerte e indefenso, como quien observa desde atrás a un hombre descuidado no alerta o dormido, y la figura del animal, que era como su propio futuro, como todo el sentido de la vida que a él le quedaba por delante, se agrandó hasta cubrirlo todo, que aquel cuerpo peludo y oscuro, ágil y fuerte, era como todo el horizonte y que así esta bala del tamaño de todo su dedo y pesada y tan veloz como su propio pensamiento no iba a ser suficiente, pero sentía también la mano dura del padrino para eso, sobre su propio hombro y tan perentoria como la figura del animal inmensa como su propio destino, de ese animal sin sexo y le vio la humedad maternal de su hocico, su viril mansedumbre, sus ojos y entonces fue cuando cerró sus ojos y sonó el disparo, el balazo como un relámpago, que separó su vida.

Al mismo tiempo que el disparo sonó como un trueno, el guanaco se quebró, pero no inclinó su cogote ni su cabeza, se echó hacia delante y cayó como un árbol. Él ahora volvía a recordarlo, solo ya, en la sala donde reinaba imaginaria como una reina muerta en el bastidor con la imagen marchita y estéril aquella supuesta flor

de grandes pétalos que quizá hubiera sido como el afán enfermo de su madre. Y recordó que entonces se abalanzó para abrazar a golpes al entenado Marcelo y que este hermano fuerte de media sangre le detuvo los brazos y le golpeó hasta contenerlo contra el suelo mientras le gritaba junto a su oído que sin embargo no quería oír, que sólo él lo había hecho, que fue él, el niño, quién lo había hecho, que con la bala pesada, de plata, largamente guardada por su padre de ambos, de la carabina, lo había hecho.

Ya estaban calmados y en silencio los dos, el que a partir de ahora era un hombre y el otro que lo había sido quizá desde siempre, cuando llegó corriendo con aspavientos el hombre enjuto que era el chofer. Después los tres arrastraron el animal hacia el vehículo para destrozarlo. Y con la sangre que aún manaba del cogote le hicieron la cruz en la frente, mientras aquel padrino lo miraba, quizá para siempre.

Atardecía, o anochecía, cuando regresaron despreocupados a la casa. El hombre enjuto, dicharachero y ajeno, el entenado Marcelo, las patas con las cernejas ensangrentadas del guanaco adulto, y él, que ya jamás sería un niño. En el último recodo del camino, cuando si no fuese la noche se vislumbraría la casa, el chofer —el hombre enjuto— dijo:

—Bueno, ahora sí, y de noche, ya podrá ir por lo otro.

Los demás no dijeron nada. Pero él insistió: —¿Qué les pasa a ustedes?... Yo digo que quisiera estar en su lugar... Y también digo que sólo levantaría las cobijas para ver quién pudiera ser mi hermana. Y aún así.

VII

Únicamente viven los que se han quedado solos, solos de verdad, y los moribundos. Los demás ni se dan cuenta. En esto pensaba él, ahora, todavía de pie, observando a través de la ventana el callejón que a poco se perdía, pero donde ella había venido y regresado. Estos instantes serían la gloria de su desilusión. Todo lo que la vida le dejó. Ni siquiera en este momento tenía el consuelo de la claridad del sol, el día iluminado por el sol, sino esta vaga sombra del atardecer, la ambigüedad de una tarde de otoño, el silencio de la casa olvidada y vacía y, afuera, el celaje y el polvo. Él también había nacido un corto día de otoño. ¿Pero, él era él? Sintió de pronto que era también ella, que ambos eran uno solo, o se pertenecían como un sueño, con esa posesión intransferible y absoluta que son nuestros propios sueños. Comenzó a sentir que él era también ella, o que ella era asimismo él, o que ninguno de los dos era el otro. Pero a la vez sabía que amar era entregarse ¿Cómo entregarse al otro, siendo uno mismo y el otro? El amor era así también lo imposible, la renuncia, la muerte y el olvido.

No supo en qué momento se quedó dormido y sólo despertó con los aldabonazos y el furor de los perros, que sin embargo no se atrevían a atacar.

Dos hombres pálidos de traje oscuro, que a él le parecieron como uno solo, aunque vagamente recordó —no en ese momento sino después— haberlos visto en el Club, se presentaron como padrinos del Capitán. Él, que se esforzaba por alisarse los cabellos enmarañados por el sueño, y por abotonarse la chaqueta y llamar dando gritos a la vieja sirvienta, les ofreció asiento y un café o lo que fuere. Pero los otros, con gravedad no exenta de timidez, dijeron que no podían. Entonces comprendió.

VIII

Al amanecer del día siguiente lo vinieron a buscar sus propios padrinos, con equivalente gravedad y atuendo. Estaba oscuro aún y esperaron en la sala. Dijeron que podían esperar todo el tiempo, siempre y cuando llegara a la hora convenida, al claro del bosque, no lejos del burdel.

El decidió bañarse y Etelvina llenó de agua tibia el tonel en el centro del cuarto y lo ayudó, como lo había hecho siempre hasta aquel día en que su padre ordenara que no debían acudir las mujeres en su ayuda. Con el agua hasta más arriba de la cintura no sentía frío. La anciana Etelvina tenía ahora las manos tan torpes como sus ojos y oídos y a él le pareció que lloraba en silencio, sin saber por qué y también le pareció que ni siquiera lo veía. Sus padrinos de ahora, mientras tanto, esperaban en la sala, como antes Marcelo y el otro habían esperado en la cocina. Nunca antes ni después nadie había esperado por él, por eso lo recordaba.

Cuando estuvo vestido bajó a la sala. Ninguno había logrado tomar un trago caliente. El día comenzaba a aclarar y los tres, sin hablar, se encaminaron al lugar del encuentro. Los innumerables perros de la hacienda los vieron partir sin ladrar, fríos y medianamente distantes, sin comprometerse en un adiós.

El automóvil negro u oscuro lustroso y bruñido era conducido por uno de los padrinos y el otro iba a su lado; él, solo en el asiento de atrás, observaba a trechos el camino y a ratos el cielo de otoño, de un gris plomizo apenas veteado, en el horizonte, que daba al poniente por unos brochazos de rojo muy pálido o amarillento. Tenía en esos momentos la sensación de no saber dónde estaba, a dónde iba ni por qué, ni quién era y sentía, también, un vago malestar, una especie de pudor por esas preguntas, por estas evocaciones ante testigos o terceros extraños.

Ensimismado en tales pensamientos ni se dio cuenta cuando estalló un neumático y el automóvil quedó cruzado en el camino, que era tan sólo un callejón de hondas huellas. No se movió de su asiento. Sus dos padrinos descendieron y, en mangas de camisa, cumplieron con la tarea de levantar el automóvil y cambiar la rueda averiada; después, limpiándose las manos con prolijidad, con un trapo que pasó del uno al otro, abordaron el coche, pero antes uno de ellos, sacando una licorera con estuche de plata del bolsillo dio un trago, después de ofrecérsela a él y al otro. Él la rechazó con un vago ademán. Después, ambos se calaron otra vez los guantes y continuaron la marcha.

Ahora sólo un temblor, un instante, un disparo, lo separaba de ella, cualesquiera fuese el derrotero o la suerte del disparo.

Ya a corta distancia podía verse el bosque, las copas de los olmos y algarrobos que, mezclados al azar, copiosos, se amontonaban en una sola mancha oscura.

¿Qué día era el de hoy, de cuál mes y de qué año? Nunca antes se lo había preguntado, ni había sentido quizá tan intensamente esta vigilia. Sólo con la idea o con la presunción de la muerte despertamos o abandonamos este sueño que es la vida. Su otro padrino, el entenado Marcelo, había muerto coceado por un caballo muy poco tiempo después de aquella otra mañana, sin honras fúnebres ni mayores aspavientos. El tampoco lo había llorado; se fue, creció y regresó, como una parábola.

El automóvil se detuvo en el claro del bosque y descendieron a cincuenta metros de los otros. Ya el día era claro. Sus dos padrinos lo dejaron solo para ir al encuentro de los otros dos, que a su vez, caminaron hacia ellos, conversaron brevemente como cuatro sombras, como si todo hubiese estado reiteradamente ensayado. El entonces lo vio, estaban cerca, pero eran como dos personas distintas de sí mismas. El Capitán, rechoncho, pálido y en camisa, ahora con un gesto extraño en sus labios ateridos, y sus ojos, habitualmente encendidos por la inocente malicia de sus bromas, ahora estaban sin brillo. Y él pensó que el Capitán era de verdad un valiente, porque arriesgaba perder (él lo leía a través de la máscara de su fría impavidez) y por el contrario, él mismo no lo era porque nunca había sentido el escozor de la vida. Entonces sintió que el Capitán era también una forma, un pedazo de ella, que estaba allí y que su palidez, su grave gesto, su irrisoria valentía eran como ella, o parte de ella y que así era ella quién estaba también en ese lugar frío y gris entre los árboles, en el claro del bosque.

Los padrinos presentaron las armas y se alinearon de dos en dos en el costado y apenas fuera del campo de tiro. Un susurro desacordado, como el silbo de un buho cruzó el follaje. Y él recordó en ese instante la tensión, la impaciencia de la presa enfrente y a merced del gatillo y del disparo presentido. Pero no era aquello, que no había podido borrar de su memoria, igual a esto que ahora estaba sintiendo, sino quizá lo contrario. Aquél que iba a dispararle y a quien apuntaba estaba en ella empapado y así nada temía. Porque sólo el amor logra que el temor se retire; porque nada de quien amamos nos atemoriza.

A una señal ambos levantaron sus armas y apuntaron. Y entonces él sintió como si acabara de nacer. O como si nunca hubiera vivido.

Héctor Tizón